ta Mónica el amor que profesaba á su hijo, y la veneración, obediencia y profundo respeto con que miraba á San Ambrosio. Era costumbre de la Iglesia africana que, en las fiestas de los Santos mártires, se llevase á sus santuarios pan, vino y tortas que se depositaban en las respectivas tumbas, dándose luego una parte á los pobres, y comiendo los fieles lo restante. Según las ideas de la antigüedad cristiana, que hemos mencionado ya, se pretendía con esto una especie de comunicación de los méritos y virtudes del Santo. El primer día de fiesta que Santa Mónica pasó en Milán, fué por la mañana á la iglesia con su canastito, lleno de ofrendas según acostumbraba en Africa; pero al llegar al dintel, la detuvo el portero y prohibió que entrara; pues, temiendo los abusos que empezaban á introducirse con ocasión de costumbre tan bella y venerable en sí misma, Ambrosio la había suspendido ordenando que no se permitiese el cumplimiento de tal rito. Nuestra Santa que ignoraba la prohibición, como era natural, al verse detenida pública y enérgicamente á la puerta de la iglesia, sufrió algún disgusto; pero no le manifestó, ni dejó que apareciese en su rostro señal alguna de desagrado. «Ella, dice San »Agustín, renunció de buena voluntad y hasta con »alegría á esta costumbre, y en lugar del canasto »lleno de frutos, llevó en lo sucesivo á la tumba

»de los mártires el corazón repleto de los más pu»ros sentimientos. Ni por esto perdieron nada los »pobres, pues Mónica les daba en su casa lo que »solía repartirles en la iglesia, sustituyendo ella »á los frutos de la tierra con que se alimentaba »en la tumba de los Santos, el cuerpo divino del »Salvador (1).» He aquí cómo obedecía. «Yo creo »sin embargo, añade San Agustín con gran deli»cadeza, que mi madre habría tenido más pena en »dejar esta costumbre, si se le hubiese prohibido »por otro á quien ella no amase tanto como á San »Ambrosio; pero le quería por ver en él un ins»trumento de mi salvación, y San Ambrosio á su »vez quería á mi madre por su vida ejemplar, su »asiduidad en la iglesia y su fervor en el ejercicio »de las buenas obras. El santo Obispo no podía »dejar de alabarla en mi presencia, y me felici»taba por tener una madre semejante; pero él no »sabía, añade humildemente Agustín, qué hijo »tenía ella en mí (2).»

Cuando se estrechaban más y más estas relaciones, bastante íntimas ya entre Mónica y San

---

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

(2) «Sed tamen videtur mihi non facile fortasse de hac amputanda consuetudine matrem meam fuisse cessuram, si ab alio prohiberetur, quem non sicut Ambrosium diligebat; quem propter salutem meam maxime diligebat; eam vero ille propter ejus religiosissimam conver-

Ambrosio, Dios disponía las cosas de modo que con noble entusiasmo se inclinaran hacia el santo Obispo, no solamente el corazón de la madre, sino también el del hijo. Había llegado Ambrosio á uno de esos momentos en que el alma grande se sublima, y en que el empuje de la persecución y de la calumnia, rugiendo en torno suyo, sirven sólo para revelar mejor su magnanimidad y grandeza. La emperatriz Justina que hacía algunos años cometió la falta de introducir en Milán una falange de cortesanos pertenecientes á la secta arriana, y que á esta falta añadía la más grande aún de dejarse dominar por una minoría turbulenta, poco antes de la Pascua del año 385 pidió á San Ambrosio en nombre de su hijo Valentiniano, todavía niño, que cediese á los arrianos una de las iglesias que ocupaban los católicos en la Corte, ya fuese la basílica *Portia*, situada fuera de muros, ó la basílica nueva, es decir, la en que Ambrosio celebraba ordinariamente, y era la metropolitana de la ciudad. El santo Obispo denegó la referida petición con noble entereza, mandando se manifestase á la Emperatriz, que no podía un

---

sationem, qua in bonis operibus tam fervens spiritu frecuentabat ecclesiam: ita ut sæpe erumperet, cum me videret, in ejus prædicationem, gratulans mihi quod talem matrem haberem; nesciens qualem illa me filium.» (*Confes.*, lib. VI, cap. II.)

sacerdote entregar el templo como ella quería. Por tales palabras y la negativa que entrañaban, vióse sin tardar expuesto á las iras de una mujer que á su gran poder unía la cualidad de no saber respetar; así que los soldados se apoderaron de la basílica Portia, y la misma iglesia donde estaba Ambrosio, fué cercada por las tropas; pero como la población en masa se mostrase favorable al santo Obispo, se retiraron los soldados á la basílica Portia, seguidos del pueblo que estaba lleno de indignación, dando esto por resultado que durante muchos días reinara en Milán una especie de guerra civil, fruto de la noble excitación de los católicos.

Mientras tanto Ambrosio permanecía siempre en su iglesia, unas veces al pie del altar santo con los ojos bañados de lágrimas, pidiendo á Dios fervorosamente que por su culpa no se vertiese sangre alguna; y otras, sentado en el púlpito, explicando los libros santos, calmando al pueblo, é invitándole á la paciencia y al respeto de las leyes; pero haciendo resonar al mismo tiempo enérgicas y preciosas frases sobre la libertad de las almas, y sobre la libertad de la Iglesia, que es como patria, refugio y verdadera madre de tan precioso don.

A los grandes y á los tribunos, por ejemplo, que venían á intimarle entregara inmediatamente la basílica, porque era del Emperador á quien todo

pertenecía: «Si el Emperador, contestaba, me »pidiese lo que es mío, aunque lo mío sea patri»monio de los pobres, no se lo negaría; pero las »cosas divinas no me pertenecen. Si se quieren »mis bienes, tómense en buena hora; si se busca »mi cuerpo, yo me presentaré. ¿Queréis encade»narme y conducirme á la muerte? Me felicitaré »por ello, no me rodearé de pueblo que me de»fienda, ni me abrazaré á los altares pidiendo la »vida. Tengo en mucha estima ser inmolado por »defender los derechos de Dios y de su Iglesia.»

Al eunuco Calígono, Prefecto de la cámara del Emperador, que le decía «tú desprecias á »Valentiniano, pero yo te cortaré la cabeza», Ambrosio contestaba con mayor energía y noble intrepidez: «Dios permita que cumplas tu ame»naza: en tal caso, yo sufriré como Obispo, y tú »obrarás como eunuco.»

Por último, á los oficiales del Emperador que, viendo á las muchedumbres enardecidas y temerosos de un motín, le rogaban que apaciguara el pueblo: «De mí pende el no excitarle, »reponía, pero cuando se alborote, sólo Dios »podrá calmarle;» y como le llamasen tirano, diciendo que abusaba de su influencia sobre el pueblo, para echar por tierra el trono de Valentiniano, «¡oh! ¡oh! decía sonriendo, Máximo »no dice que yo sea enemigo de Valentiniano;

»se queja más bien de que le detuve yo cuan»do quería pasar á Italia.» Y en efecto, Ambrosio había sido quien, cuando Máximo combatía el Imperio de Valentiniano, atravesó los Alpes, y viniendo presuroso á defender la causa del niño huérfano, logró llevarla á feliz término. «Por lo demás, continúa Ambrosio, si yo soy »un tirano ¿qué os detiene, y por qué no me »castigáis? No tengo otra arma que el valor de »afrontar el peligro, y estoy dispuesto á morir; »pero Dios me libre de entregar la herencia de »Jesucristo, la herencia de mis predecesores, la »herencia de Dionisio que por la fe murió en el »destierro; la herencia del santo confesor Eus»torgio, la herencia de Mirocles y la de todos »los santos Obispos mis antecesores y mis pa»dres. Doy al César lo que es del César, pero á »Dios lo que es de Dios.» Y para demostrar que estaba pronto á obedecer, dejaba su puerta abierta día y noche, y permanecía en la habitación de costumbre, dispuesto á salir para el destierro ó para la prisión, según se le ordenara.

Asustada de tan noble y firme actitud Justina, retrocedió mas sólo por el momento; pues sin tardar urdió en secreto una nueva intriga llena de astucia. Cierto doctor arriano tomó el título de Obispo de Milán, y negándose Ambrosio á comparecer ante el tribunal que nombró la Em-

peratriz para juzgar en la competencia, el santo Obispo fué declarado intruso y condenado al destierro, yendo seguidamente los soldados á apoderarse de su persona para conducirle fuera de Italia. Ambrosio entonces se refugió en su catedral, como la primera vez, y era espectáculo admirable el que un anciano inerme, en quien estaban personificados los derechos de la conciencia, permaneciera en el santuario inmóvil, mientras se estrellaba impotente contra la escalinata de la iglesia el mayor poder de aquel tiempo. El pueblo entretanto no abandona el templo y, fiel á sus creencias, agrupábase alrededor del Obispo, pasando las noches arma al brazo y en actitud amenazadora (1).

Esta especie de asedio duró ocho ó nueve días al aproximarse la Pascua del año 386, y entonces fué cuando, para ocupar santamente tanto tiempo, introdujo Ambrosio en la iglesia de Milán el canto alternado de los salmos tal como le practicaba el Oriente, y se adoptó luego en todo el Occidente. Con objeto de darle variedad y animarle algún tanto, añadió Ambrosio los himnos que

(1) A las iglesias de aquella época estaban unidos muchos edificios, pórticos, habitaciones, salas y jardines, lo cual explica cómo el pueblo podía permanecer días y noches sin separarse para nada del templo: había allí donde comer y dormir cómodamente.

había compuesto, inspirado por las circunstancias, y de tal manera entusiasmaron al pueblo, que los enemigos de aquél decían que había hechizado á las masas con sus cánticos (1). Consérvase hoy la mayor parte de estos himnos (2), sin que pueda dudarse que fueron improvisados entre el ruido de las armas y los clamores del pueblo, agitado por un hombre que no sabía al amanecer si durante el día le obligarían á emprender el camino del destierro, ó le conducirían á una prisión. No hay cosa más dulce, más nueva, más elevada

(1) «Hymnorum quoque meorum carminibus deceptum populum ferunt. Plane nec hoc abnuo.» (Ambros., *Opusc. de Spiritu Sancto,* in Epist. XXXI.)

(2) Los himnos que con más fundamento se atribuyen á San Ambrosio, son en primer lugar los once siguientes: *Æterne rerum conditor: Deus creator omnium: Jam surget hora tertia: Veni, Redemptor gentium: Illuminans Altissimus: Fit porta Christi pervia: Orabo mente Dominum: Somno refectis artubus: O lux beata Trinitas: Consors Paterni luminis: Æterna Christi munera.* (Véase á Cellier, *Historia de los autores eclesiásticos,* San Ambrosio.) Además de estos once himnos, B. Tomasi, en su *Himnario* (colección de himnos) añade otros cincuenta, y como principales los siguientes: *Jesu, nostra Redemptio: Conditor alme siderum: Rerum Creator optime: Splendor Paternæ gloriæ: Immense cœli conditor: Cœli Deus sanctissime: Nox atra rerum contigit: Magnæ Deus potentiæ: Tu Trinitatis Unitas: Æterna cœli gloria: Plasmator hominis Deus: Summe Deus clementiæ: Lux ecce surgit aurea,* etc., etc.

ni más pura: he aquí, como ejemplo, el himno compuesto para que se cantase al despertar por la mañana:

El autor pone en francés dos himnos de la mañana, y uno de la noche; pero como en nuestra traducción habían de salir pálidos, ya que no desfigurados, hemos preferido omitirlos movidos de lo que dice M. de Maistre con igual motivo: «Quien sin especial vocación quiera ensayarse en este género al parecer tan fácil y tan sencillo, arrojando la pluma aprenderá dos cosas: cuánto vale la oración, y cuán alto raya el talento de Racine.» (*Soirées de Saint-Pétersbourg*, tome VII, 11e entretienne.)

El mismo autor, después de copiar los himnos de la mañana, hace notar lo joven y lozana que se ostentaba en los labios de un anciano la poesía; y escritos los de la noche, después de observar que en todos ellos se encuentra apenas una ligera alusión al estado de alarma, continúa diciendo:

Es preciso reconocer que se necesita alma grande y muy dueña de sí misma, para expresar tales harmonías en medio de la efervescencia popular. Los himnos fueron acogidos con entusiasmo tal, que el pueblo, electrizado, los cantaba día y noche mostrándose resuelto á morir con su Obispo. De tiempo en tiempo hacía Ambrosio suspender el canto, y subiendo al púlpito, su corazón tierno y reconocido á la vez, hallaba acentos nuevos para dar gracias al Todopoderoso y animar á aquel pueblo que tan fiel se le mostraba.

Ocurría esto por los años 385 y 386, en que

Agustín pasó enseñando en Milán. ¿Y un joven alejado de la verdadera fe, es verdad, pero amigo de la elocuencia y de la poesía, pundonoroso y entusiasta por la dignidad del alma, por los derechos de la conciencia y de la libertad, podía dejar de conmoverse en presencia de semejante espectáculo? ¿Y podría no entusiasmarse, al ver que un anciano venerable se expone á la violencia por no hacer traición á sus deberes; permaneciendo inpasible sin echar mano de las armas, y recibiendo con tal motivo aplausos de todo género de personas? «Mi madre, dice San Agustín, que»riendo ser de las primeras enparticipar de los »sobresaltos y de las vigilias, oraba sin inte»rrupción: yo mismo, aunque frío y alejado de »vuestro ardiente espíritu, estaba enternecido »viendo la agitación de todo el pueblo (1).» La grandeza moral, rodeando á Ambrosio de brillante aureola, entusiasmaba á Agustín. «Yo, dice, »tenía por feliz á Ambrosio, veía que se le tribu»taban altísimos homenajes, y le envidiaba por »todo, menos por el celibato.»

«Sin embargo, añade, yo no sospechaba »siquiera, en qué consistía su verdadera felici-

(1) «Ibi mater mea, ancilla tua, sollicitudinis et vigiliarum primas tenens, orationibus vivebat. Nos adhuc frigidi à calore spiritus tui, excitabamur tamen civitate attonita atque turbata.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VII.)

»dad. No tenía presentimiento ni experiencia de »las grandes esperanzas que Ambrosio alimen- »taba, de los rudos combates que sostenía con- »tra la seducción de su propia grandeza, de »los muchos consuelos que encontraba en la ad- »versidad, ni del encanto que asimismo hallaba »en una voz secreta que le hablaba al corazón: »por último, yo no conocía los sabrosos goces »que él gustaba alimentándose con el pan de la »vida (1).»

Por lo que hace á Santa Mónica, es difícil describir su grandísima alegría, viendo al padre de su alma, y á aquel, con quien contaba para salvar á su hijo, hecho un héroe y un santo. Siempre al pie del púlpito de Ambrosio y pendiente de sus labios, ella, como dice San Agustín, tomaba grandísima parte en las angustias y dolores de la Iglesia. No vivía más que para Dios, y marchando en todo bajo la dirección del santo Obispo, inpulsada por la divina gracia y entre

(1) «Ipsum Ambrosium felicem quemdam hominem secundum sæculum opinabar, quem sic tantæ potestates honorarent: cælibatus tantum ejus mihi laboriosus videbatur. Quid autem ille spei gereret, et adversus ipsius excellentiæ tentamenta quid luctaminis haberet, quidve solaminis in adversis et occultum os ejus quod erat in corde ejus; quam sapida gaudia de pane tuo ruminaret, nec conjicere noveram.» (*Confes.*, lib. VI, cap. III.)

cánticos entusiastas y perfumes celestiales, adelantaba á grandes pasos en la perfección cristiana. La fe, el amor, la esperanza, la paz y la plena confianza en Dios, todas estas virtudes exhalaban en Mónica oloroso perfume. Era fácil prever que se acercaba la hora del cumplimiento de sus deseos (1).

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. I y II; lib. VII, capítulo VII.